

Es propiedad  
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan  
Ríos, Perez y Cuesta.

# BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

## JUANA GREY.

Tragedia en cinco actos (imitacion del francés) de D. FRANCISCO LUIS DE RETES, representada por primera vez en Madrid el 8 de abril de 1847.

AL SR. D. FRANCISCO CEA. = *El autor.*

### PERSONAGES.

IRIA TUDOR.	SIR PALMER.
JUANA GREY.	LORD DAVISON.
GUILFORD.	CRANMER.
DUQUE DE NORTHUM- BERLAND.	UN PAGE.
ASCHEM.	<i>Señores de la corte, da- mas de la Reina, escu- deros y pages.</i>
DOD SURREY.	

### ACTO PRIMERO.

Jardin del castillo de Dorset. Al fondo un pórtico. En  
la mesa libros, mapas, etc.

#### ESCENA PRIMERA.

JUANA GREY, GUILFORD, ASCHEM.

Dejadme, Milord, dejadme:  
urbando estais mi leccion.  
Yo las vuestras de rodillas  
quisiera escuchar.

Milord,

en materia de lecciones  
las recibo, no las doy.

Ya os dejo.

Aun estais ahi?

Os importuno?

Guilfort,

¿so imaginais?

Bien veo

que mucho amais á Platon,  
pero, espero, y no me engaño  
porque leyéndolo estoy  
a vos, Juana, que la ciencia

cederá el puesto al amor.

JUA. Quizá.

ASC. La ciencia, hijos míos,  
es un sagrado crisol,  
donde se prueba del alma  
la infinita perfeccion.  
Sin ella el cierzo del mal  
zumba y se agita en redor,  
y el vendabal corre ciego  
de la vil supersticion.  
Sin ella siempre encerrado,  
de su germen creador,  
no saldria el pensamiento  
poderoso como un Dios.  
Todo renace por ella,  
como la cándida flor  
al soplo del aura suave  
que mayo gentil creó.

GUIL. Tan nobles palabras hallan  
un eco en mi corazon,  
y cuando veo á este angel,  
á este angel lleno de amor,  
de hermosura y de armonia  
engrandecer la estension  
de la esfera, donde el genio  
tiende su vuelo precoz,  
yo necesito aplaudir  
y admirar, y en mi ilusion  
adorar con entusiasmo  
á ese pensamiento Dios.

JUA. Y si yo aplausos no quiero?

GUIL. Ingrata!

JUA. Quedaos.

GUIL. No, no.

ASC. Qué traduciamos?

JUA. Qué?

Al folio sesenta y dos,  
muerte de Sócrates.

**GUIL.** Ah!  
**JUA.** Veis? me distrae la atencion.  
**ASC.** Lee. Cuando el sonoro acento  
 lanzas de tu dulce voz,  
 siente el alma un suave encanto,  
 una armonia interior,  
 y en tus labios, hija mia,  
 es mas divino Platon.  
**JUA.** «Llorais amigos, cuando el alma mia (lee.)  
 »rompe de su prision el velo oscuro,  
 »del miserable cuerpo se desvia  
 »y á los imperios del sereno dia  
 »vuela como el incienso grato y puro.»  
**ASC.** Qué acento!  
**JUA.** Razon teneis;  
 esa sencilla oracion  
 ha hecho asomar á mis párpados  
 un llanto consolador.  
**GUIL.** Por qué?  
**JUA.** Lo ignoro: esa muerte  
 no la comprendi hasta hoy,  
 y no sé qué imán me atrae  
 ácia su triste esplendor;  
 siento nacer en mi seno  
 la santa resignacion  
 del martirio, y en mis ojos  
 vaga el misterioso albor  
 que vela á la eternidad  
 con su tupido erespon.  
**ASC.** Quién mira en el abismo de la muerte? (lee.)  
 Los inmortales Dioses la criaron,  
 y con su mano poderosa y fuerte,  
 sobre su lábio descarnado, inerte,  
 un candado de acero colocaron.  
 En la lucha terrible que emprendimos  
 al empezar la senda transitoria,  
 siempre rudos combates sostuvimos,  
 la vida es el combate que sufrimos,  
 la muerte es el laurel de la victoria.  
 La tierra es un altar espiatorio  
 do el hombre de sentidos despojado,  
 al avanzar al tálamo mortuorio  
 arroja al fuego su hábito irrisorio  
 con el pecado incitador manchado.  
**JUA.** Del poder omnipotente  
 es el secreto mayor  
 la muerte de la inocencia.  
**GUIL.** Cuál sufre su corazon!  
 Lágrimas dulces su rostro  
 bañan, oh! cesad por Dios.  
**JUA.** El alma un momento triste  
 mas cercano al cielo vió.  
**GUIL.** Dejad tan tristes ideas,  
 una fúnebre oracion  
 es esa leccion mas bien,  
 no cuidemos del dolor;  
 gratos y risueños dias  
 el cielo nos deparó,  
 y en el alma vierte un suave  
 bálsamo de bendicion.  
 Leednos aquellos versos,  
 señora, que hicisteis vos,  
 á una flor de vuestro nombre.  
**JUA.** Aquella infelice flor  
 que marchitó una mañana  
 el iracundo aquilon?  
 Oh, Dios! si fuera un preságio!  
**ASC.** Hija mia, no por Dios.  
**JUA.** Perdonadme, padre mio.

**GUIL.** Preságio de maldicion;  
 pero no, no, sus despojos  
 aun guardo en mi pecho yo.  
**JUA.** «Pobre flor! Tus hermosas compañeras (lee.)  
 exalando sus plácidos perfumes,  
 aroman y embellecen las praderas,  
 y tú, flor, en mi mano te consumes.  
 Consuélate, si el aquilon dañino  
 tu coróla de encantos ha deshecho,  
 tal vez será decreto del destino  
 que un asilo mejor te dé otro pecho.  
 Tu brillante ropage de colores  
 y tus frescos matices de oro y grana,  
 los arrullos del aura seductores  
 y el delicioso albor de la mañana  
 no sentirán, ni el voluptuoso aliento  
 conque las verdes hojas estremece,  
 con sople dulce el sonoro viento  
 cuando sus tallos virginales mece.  
 Si, que has muerto; los dias de tu vida  
 instantes en el tiempo se contaron,  
 pobre y sencilla flor descolorida  
 poco tus años jóvenes gozaron.  
 Mas porque tenga digna sepultura  
 la que inhumano hirió noto bravo,  
 descanse su fragancia y su hermosura  
 en tu pecho, Guilfort, amado mio.»  
 (Aschem toma los versos, los coloca en el libro de la  
 muerte de Sócrates y le pone en el pedestal de una  
 estatua.)

## ESCENA II.

Dichos, NORTHUMBERLAND.

**NOR.** Algun estudio sublime  
 os ocupa, no me engaño.  
**JUA.** Llega la Reina Maria?  
 Milord, de la Reina habladnos.  
**NOR.** Cómo! á Platon y á Demóstenes  
 dejais por mi? Caso raro!  
**JUA.** Cuando entra en Lóndres qué dicen?  
**NOR.** Hay ciertos rumores vagos.  
 Dicen que es débil su frente,  
 y que un femenino brazo  
 sostener no puede el cetro  
 con vigor.  
**GUIL.** Y sin embargo,  
 todo á sus plantas se rinde,  
 todo se apacigua en tanto.  
**ASC.** Ella es la sola heredera  
 de Eduardo sexto su hermano.  
**NOR.** Mas se teme que esta hermana  
 que siempre ha reverenciado  
 la córte de Roma, quiera  
 destruir al fin y al cabo  
 la religion protestante,  
 que mil veces se ha doblado  
 la frente de los monarcas  
 al poder del Vaticano.  
 Del antiguo cristianismo  
 apenas hubo aceptado  
 la herencia Europa, al instante  
 en dos partidos contrarios  
 se divide, y en dos templos  
 á cual mas potentes ambos.  
 Uno aun con mas influjo,  
 mas poderoso y mas vasto,  
 quiere hacer del cielo en nombre  
 del porvenir su resguardo;

y poblando con serviles  
servidores sus santuarios,  
en corazones inmóviles  
vá la fé petrificando.

El otro mas atrevido  
ataca á la Biblia osado,  
y no cree que dar no pueda  
la humana razon un paso.  
Libertando al pensamiento  
que en Roma gemía esclavo  
al examen de sus armas  
seguro el triunfo contando.  
Y este partido, que al fin  
vencerá tarde ó temprano,  
teme á la tiara, y tambien  
teme á la hermana de Eduardo.

JUA. Cuán digna de compasion  
es una Reina! ;Qué amargos  
son los instantes de vida  
con el poder soberano  
que sin cesar proporciona  
pesares y sobresaltos!  
Ay Dios! Si en sus corazones  
fueran los Reyes mirando  
la cuenta que á Dios darán  
del poder que les ha dado!  
Si observáran cuánta sangre  
un error puede costarnos,  
si preveyeran tambien  
que siendo los encargados  
de absolver y condenar,  
hay tan solamente un paso  
de la justicia al rigor  
sobre su frente marcado,  
tendrian aquel asombro,  
aquel terror, aquel pasmo  
de Macbeth, cuando escuchaba  
de los infernales lábios  
«¿serás Rey!» y en el momento  
cetro y corona arrojando,  
huyeran por no abrasarse  
con su fuego despiadado.  
Pero por felicidad  
yo nunca á puesto tan alto  
debo subir; ese peso  
de mis hombros ha quitado  
Dios, y las gracias le rindo  
por su favor soberano.

SC. Vuestro sólio, Juana Grey,  
es mas alhagüeno y grato;  
sobre vuestra alma inmortal  
debeis reinar.

A. Y el Dios santo  
(mirando á Guilfort.)  
hace que en su corazon  
reine tambien.

OR. Mis amados  
hijos, en cuanto la noche  
sus sombras vaya ensanchando,  
se efectuará vuestro enlace  
sin pompa, sin aparato,  
porque de toda Inglaterra  
quiero que sea ignorado.

.. Y por qué asi?

R. Es un deber.  
Vuestros padres, que en mis manos  
os pusieron, Juana Grey,  
plenos poderes me han dado  
sobre vos.

ASC. Mas de la Reina  
ofender al Soberano  
poder es...

NOR. Teneis razon.

GUIL. Y cuál es la causa?

NOR. Arcanos  
son que el cielo tiene ocultos,  
mas descubriránse al cabo.  
Tu pura frente, hija mia,  
vé con guirnaldas orlando.  
Entrégate sin temor  
al placer sublime y casto  
de tu amor, que yo á mis hijos  
con pasion los idolatro,  
velo sobre ellos, y quiero  
hacerlos felices á ambos.

### ESCENA III.

Dichos, un PAGE de la REINA.

PAGE. Un mensaje de la Reina.

NOR. Ya le esperaba.

JUA. Veamos. (tomándole.)

»Antes de hacer nuestra entrada en Londres,  
»donde debemos ser coronada, nos detendre-  
»mos un dia en vuestro delicioso Castillo de  
»Dorset, querida prima. El Duque de Northum-  
»berland que ya está instruido de nuestras in-  
»tenciones, irá á esperarnos en él. Dispensad-  
»nos si turbamos vuestros estudios, pero me  
»parece que será un feliz preságio para el rei-  
»nado que vá á comenzar, pasar algunos momen-  
»tos mas á vuestro lado, Maria Tudor.»

La Reina se dignará  
con su real presencia honrarnos?

PAGE. Antes que se acabe el dia  
estará aqui.

NOR. Retiraos. (vase el Page.)

JUA. Nada me dijisteis!

GUIL. Padre,  
ya vá á sufrir un retraso  
nuestro matrimonio.

NOR. No,  
hijos míos, al contrario;  
el billete de ese Page  
mas bien me hace apresurarlo.

GUIL. Y como hemos de ocultar  
á la Reina..?

NOR. Yo me encargo  
de todo; á las doce en punto  
un sacerdote esperandonos  
estará en una capilla  
que hay en los subterráneos  
del castillo.

GUIL. Y á las doce!

JUA. A las doce!

NOR. (Ya logrados  
veo mis proyectos.) Hijos,  
ya está el altar preparado.  
Juana, mandad que á la Reina  
con el esplendor y fausto  
que corresponde á su clase  
se reciba. Vos quedaos. (á su hijo.)

### ESCENA IV.

Dichos, menos JUANA.

NOR. Amas á Juana, Guilfort?

GUIL. Si, la amo con desvario.

:

NOR. Con placer veo, hijo mio,  
que es verdadero tu amor;  
pero si quieres lograr  
lo que asi tu pecho ansia,  
obedece, y solo un dia  
déjame en silencio obrar.  
Vacilas... dudas ahora!...

Guil. Como ignoro...

NOR. Oh Dios! detente:  
di, ¿no sabes, imprudente?...

Guil. Qué?

NOR. Que la Reina te adora?

Guil. Padre, asi me lo he temido.

NOR. Yo de seguro lo sé,  
y quizá un dia alenté  
su fuego que arde escondido;  
pero cambié de proyecto,  
dictamen mejor seguí,  
y esta misma noche, si,  
tendrá el matrimonio efecto.

Mas con tal sigilo y arte  
que no pueda descubrillo.  
Hoy llegará á este castillo.

Guil. Si, pero mañana parte  
para With-Hall.

NOR. Su mansion  
será corta: me han contado  
que un mensage te ha encargado.

Guil. Si, conoce mi adhesion,  
y sabe que siempre fiel  
y leal le he de servir.

NOR. Calla.

Guil. Qué quereis decir?

NOR. Has visto á Lord Arundel?

Guil. Si.

NOR. Conoces su intencion?  
O nada te ha descubierto?

Guil. De qué?

NOR. Arundel da por cierto  
el que esa coronacion...

Guil. Nada dijo.

NOR. Dejame.

Guil. Pero señor...

NOR. Basta ya:  
Guilfort, esperando está  
Juana.

Guil. Padre, por mi fé  
que al oiros me parece  
que se aproxima un momento,  
en que minado el cimientto  
el trono desaparece.

La sospecha viene á helar  
mi valeroso vigor,  
y un huracan destructor  
oigo á lo lejos bramar.

Nuestro jóven rey ha muerto,  
y al morir, el desdichado,  
su real herencia ha dejado  
á solas y á descubierto...

Si su antorcha la ambicion  
levanta humeante y roja,  
en su furor quizá escoja  
por víctima á la nacion.

Aun la diadema dorada  
no ha recibido Maria,  
y está lejos, quizá, el dia  
de mirarse coronada.

Todo tiende á retardar  
que ocupe el brillante puesto;

decid, padre mio, de esto  
qué es lo que debo pensar?

NOR. Tu pensamiento no quiera  
descubrir nada, Guilfort;  
si quieres lograr tu amor,  
ha de ser de esta manera.

## ESCENA V.

### NORTHUMBERLAND.

Crezca la llama del amor sagrado  
en vuestro corazon; la inesperienza  
gozad, Juana y Guilfort, de vuestro estado  
á ese precio os conservo la inocencia.  
No sepan, no, qué mano me ha guiado;  
no sepan de mi pecho la vehemencia,  
mis designios ignoren todavia,  
su tímida virtud se espantaria.  
Faltos estan del vivido ardimiento  
conque mi corazon late y se agita,  
solo en su amante y tierno pensamiento  
la voz de su pasion constante grita.  
Amar es su ilusion y su contento,  
la flecha de cupido los incita,  
y al rendirse á su mágico abandono  
mas se levantan al brillante trono.  
Mas se levantan, si, y á tanta altura  
que sin saber el curso de su vuelo  
del hondo de la triste sepultura  
un brazo real los alzaré hasta el cielo.  
Pobre rey! infelice criatura,  
tu cumpliste mi afan, mi altivo anhelo,  
y al espirar, tu moribunda mano  
puso en la mia el cetro soberano.  
El brazo de la muerte despiadada  
cuando cruel te hirió, rey inocente,  
te sepultó en el fondo de la nada  
y una diadema real puso en mi frente.  
Cuando la hora del triunfo sea sonada  
yo mi derecho mostraré patente,  
y entonces yo descubriré el misterio  
á la asombrada faz del hemisferio.  
Y en el trono potente de Inglaterra  
quiere Maria colocar su planta?  
No, que la sangre adúltera que encierra  
no dá tanto poder ni gloria tanta.  
Caida su ambicion, verá por tierra  
al par que Juana altiva se levanta,  
que yo para apoyar mi audaz intento  
tengo del niño rey el testamento.  
Y cuando ya su púdica cabeza  
ciña la real corona, cuando el dia  
llegue en que con aplausos la nobleza  
celebre la derrota de Maria,  
tu guiarás la mugeril flaqueza,  
tú rey serás, Northumberland confia,  
que el monarca infeliz que el pueblo llora  
 nombra á Juana del reino sucesora.  
Si, todo mio es; el soberano  
cetro de Juana porque asi lo quiero.  
Ella disfrutará del nombre vano  
y yo seré el monarca verdadero.  
Ya veo por el férvido Océano  
mis navios ballar facil sendero,  
á la par que esos nobles tan potentes  
por llegar á mis pies alzan sus frentes.  
Pero la Reina viene: apresta, Juana,  
esplendidez, rumor, luces, orquestas,  
justo es al recibir la Soberana

que haya zambros, y victores y fiestas.  
Tambien de Eduardo á la gentil hermana  
Northumberland tus victores aprestas,  
que vá radiando espléndido y divino  
el refulgente sol de tu destino.

(ya es de noche: el castillo se ilumina con las antorchas de la comitiva de la Reina.)

## ESCENA VI.

Dichos, la REINA, JUANA GREY, GUILFORD, ASCHEM, señores de la corte y damas de la Reina, escuderos y pages con antorchas.

REI. Juana me rinde homenaje  
como súbdita leal,  
y yo no esperaba menos,  
Duque, de su lealtad.  
Que mármoles tan preciosos,  
que mansion tan celestial,  
bajo la inspeccion del genio  
renace la antigüedad;  
esta perfecta armonia  
quién ha sabido arreglar?  
Vos, Ladi Juana...

UA. Señora...

REI. Os conociamos ya,  
que vuestro maestro lecciones  
nos dió tambien, y en verdad  
como vos no las supimos  
aprender ni aprovechar.

CA. Señora, yo no soy digna  
de esas pruebas de bondad.

REI. Mas mi padre, mi maestro  
fue en el arte de reinar,  
mi padre que me conduce  
del régio solio al umbral.  
Yo bien sé que la Inglaterra  
comienza ya á murmurar,  
y está buscando en mi faltas;  
pero mi armadura real  
está bien templada, si,  
y si prosigue tenaz  
la murmuracion, y quieren  
contiendas, las hallarán,  
que vuestro apoyo, Milores,  
creo no me ha de faltar.  
Murmuran que me abandono  
á excesos de cristiandad,  
mas todo de aspecto cambia  
el pie en el trono al fijar.  
Sin apartarse del cielo  
su diadema no pondrá  
la Reina, mas que en su frente,  
no de ofrenda en el altar.  
Y de los cultos rivales  
el impetu enfrenará,  
y tendrá con sus doctrinas  
consideracion igual.

Y no olvidareis tampoco  
que el trono régio heredais,  
y con el trono tambien  
la sagrada libertad  
de una nacion, cuyo gérmen  
tiene en sus creencias ya.  
Si Roma su escomunion  
nos amenaza lanzar,  
debeis...

Por vuestros consejos  
la Reina gracias os dá;

pero de asuntos tan graves  
no es conveniente tratar  
en este instante; dejemos  
todo eso para With-Hall;  
no se entristezca la fiesta;  
la grata hospitalidad  
que en Dorset he recibido  
pagar no quiero tan mal.  
Lord Guilfort, vuestro mensage  
habeis cumplido?

GUIL. Ya está,  
señora.

REI. Bien: retiraos...  
(á su comitiva, sentándose.)

Venid, os tengo que hablar. (á Guilfort.)

GUIL. Señora ..

REI. Si, es vuestro celo

Lord Guilfort, noble y leal:  
Milord, quiero que mañana  
á mi palacio vayais,  
delante la corte entera  
un encargo os he de dar.  
Yo en vuestras manos pondré  
un mensage del que estan  
pendientes dos reinos vastos,  
y mi corazon aun mas.

GUIL. Reina!

REI. Nuestros caballeros  
terribles celos tendrán,  
pero qué importa, esa es  
nuestra régia voluntad,  
y puesto que tantos son  
uno habia de lograr...

GUIL. El interes del Estado  
y el vuestro siempre serán  
sagrados.

REI. Esa palabra  
suena en mis oidos mal  
y no la comprendo bien,  
tiene tanta frialdad!  
Será posible que vengan  
á nuestras plantas á hablar  
con esa veneracion  
conque el sacerdote está  
alzando sus santas preces  
en las aras del altar?  
Ni una palabra siquiera  
de cariño... aun de amistad  
ni una sola... Yo, Guilfort,  
mas me debia esperar  
de vos, que venis á hablarnos  
con un corazon leal.  
Hoy estamos en Dorset.

GUIL. Y mañana estenderá  
With-Hall sobre el aureo trono  
con régia solemnidad  
el manto altivo de púrpura  
que vais, oh reina! á pisar.

REI. Mas me place de estos bosques  
la sombrosa soledad;  
dejadme de su hermosura  
algun tiempo disfrutar.  
Mañana á reinar iremos,  
que hoy la inalterable paz  
de esta mansion me detiene;  
feliz el que en ella está,  
y sabe que de su asilo  
no ha de apartarse jamás.

GUIL. Tanto os agrada?

REI. Si, llenos  
de mil recuerdos están  
estos parques, estos bosques.

GUIL. Mas ningun recuerdo igual  
será al que deje la reina.

REI. Hablais, Guilfort, de verdad?

GUIL. No lo dudeis.

REI. Bien; decidme,  
de mi prima qué pensais?

GUIL. Que de sus padres el nombre  
es muy digna de llevar.

REI. Y las lecciones de Aschem  
mas perfectas nos la harán,  
milord, yo amo á Ladi Juana,  
y ha resuelto mi amistad  
dotarla.

GUIL. Y quién es mas digno  
de vuestro amor? En su faz  
se retrata de los cielos  
la hermosura angelical.

REI. Hablemos de vos, milord.

GUIL. De mi?

REI. Os quiero consultar:  
mi mano quiere el de España;  
de este enlace qué pensais?

GUIL. Permitidme...

REI. No, milord,  
no imagineis escapar  
ni eludir vuestra respuesta,  
mi nobleza me dará  
su parecer, vos primero,  
antes que ninguno hablad.

GUIL. Señora, la diplomácia  
es traidora, y no será  
mi boca la que pronuncie  
mas que acentos de verdad.  
Ese enlace no conviene  
á la nacion, si á efectuar  
le llegais... Temed, oh reina,  
su grande poder, temblad.  
Dos mundos rinden tributo  
á España, y su colosal  
poder si cae sobre el reino  
en los mares le hundirá!

REI. (Oh dicha!)

GUIL. No que á mi patria  
niegue el valor natural;  
hija del norte, aun conserva  
aquel heroismo audaz  
de Alfredo el grande.

REI. Guilfort,  
vos con sensatez hablais,  
no temais, que la Inglaterra  
tal yugo no sufrirá,  
y no ha de doblar el cuello  
nunca al español dogal.  
Nobleza bizarra tiene,  
hijos bravos por demas,  
en cuya sien la corona  
mayor esplendor tendrá!  
Yo cumpliré mi deseo  
y mi régia potestad,  
entre sus nobles valientes  
un esposo elegirá.  
Podré asi de la nacion  
el interes conciliar  
con el amor; de ese sueño  
femenil quizá os burlais?

GUIL. Burlarme, señora, el mio

seria, si yo á reinar  
hubiera sido llamado.  
Hay cosa mas celestial  
que en la cabeza adorada  
la diadema colocar,  
y ascender hasta sus brazos  
al objeto...

REI. Basta ya. (*con dulzura.*)  
Guilfort, me habeis comprendido.

(Cabe mas felicidad,  
que la mia..? soy amada!)

GUIL. Ya la hora cercana está.  
(*dan las doce á lo lejos en el reloj del castillo.*)  
Las doce!

REI. (Me ama! Me ama!)

GUIL. (Me esperan en el altar!  
Oh! Tuyo soy, Juana mia!)

REI. Dadme la mano.

GUIL. Tomad.

REI. Digno de tales honores  
por su noble calidad,  
mi carta al Emperador  
Lord Guilfort entregará.  
Mas se hace tarde, señores,  
marchemos á descansar.

(*todos se inclinan la Reina pasa por medio condu-  
da por Guilfort=Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, GUILFORT.

JUA. Ven, sentémonos aqui  
grato iman de mi alvedrio,  
mi Guilfort! Oh Guilfort mio,  
que dulce es llamarte asi!

GUIL. A tus pies...

JUA. No, que mi esposo  
mi amante labio te nombra,  
ven á sentarte á la sombra  
de este sauce tan hermoso.  
Junto á ese claro arroyuelo  
oye los acordes suaves  
que al viento sueltan las aves,  
mira el resplandor del cielo,  
y al abrasarte en las llamas  
de este delirante amor,  
repíteme, mi Guilfort,  
que eres mio y que me amas.

GUIL. Pues tanto amor en ti impera,  
hechizo de mis hechizos,  
déjame besar los rizos  
de tu hermosa caballera.  
Deja que imprima en tu tez  
de mis labios el ardor,  
¡que hermosa estás, blanca flor,  
con tu grata palidez!

JUA. Escúchame, amado mio;  
de infinito encanto llena,  
hay una voz que enagena  
el alma y el alvedrio.  
Tan divino es su sonar  
que conmueve nuestro ser,

voz inefable que ayer  
no podía pronunciar.  
De tan plácidos concentos  
que cuando suave se agita,  
el dulce cántico imita  
de los melodiosos vientos.  
Música vaga que hiende  
las celestiales regiones,  
que encanta los corazones  
y el ánimo nos suspende.  
Que en feliz delirio embarga  
los anhelantes sentidos,  
y del pecho los latidos  
con el placer aletarga.  
Voz que plácida murmura  
con suavísima inquietud,  
eco santo del laud  
que pulsa Dios en su altura?  
Di, quieres saber, Guilfort,  
que voz es la que nuestra alma  
sumerge en dichosa calma?  
Es amor, amor, amor.  
Ese es el divino acento,  
esa es la voz celestial,  
sempiterno manantial  
de placer y de contento.  
Con todo mi corazón  
te adoro, Guilfort, si, si,  
tierna y sensible, de allí  
nace mi firme pasión.  
Siento volar de mi seno  
el alma, y en blando giro  
va en un amante suspiro  
al cielo puro y sereno.  
Ah! qué de la vida sabe  
quien como yo nunca amó!  
Gozar no es posible, no,  
dicha mas cumplida y suave.  
Ayer encerraba en mi  
mi ardorosa simpatía,  
Guilfort, porque no podía  
como hoy puedo hablarte así.  
Al oír tu acento amado  
quién no te idolatra, hermosa?  
El dulce nombre de esposa  
ayer tu labio me ha dado,  
y aunque en cariño y ternura  
esotro quizá bien vale,  
no creo que á este le iguale  
en encanto y en dulzura.  
Quién te mira y no te adora?  
Fuera eso hacerte un agravio.  
Quizá me llame tu labio  
dentro de poco, señora.  
Señora, cruel instante!  
Contenerme no podría;  
Yun delante de Maria  
é Guilfort, mi tierno amante.  
Ah! que gozo tan profundo  
el nombre de esposa encierra!  
Si, delante de la tierra,  
delante de todo el mundo  
esposa te llamaré,  
esposa del corazón,  
á la reina nuestra union  
oy mismo descubriré.  
Ah! yo no sé en que consiste,  
e asaltan temores...  
Vanos.

JUA. Ay! al unirnos las manos  
estaba tu padre triste...  
GUIL. Deshecha tu amargo duelo;  
pesares Juana! Eso no,  
que negra sombra anubló  
el sol de tu hermoso cielo?  
Cuando en el altar estabas  
una diosa parecías,  
y cuando en las manos mías  
tus manos entrelazabas,  
cuando con puros sonrojos  
la vista al suelo llevaste,  
Juana, quizá te abrasaste  
en el fuego de mis ojos.  
Si, yo vi, flor bendecida,  
á quien solo puedo amar,  
por tu mejilla surcar  
una lágrima querida.  
Y entonces hizo mi amor,  
encantadora muger,  
en tu noble frente ver  
de una diadema el fulgor.

JUA. No digas eso.

GUIL. En la tierra  
quien cuál tú la merecía?  
Reina mejor que Maria  
debes ser tú de Inglaterra.

JUA. Ah! calla por compasión,  
esas ideas oculta,  
¿sabes en dónde sepulta  
la desfrenada ambición?  
La Reina! Ves? Por castigo.

GUIL. Tras de tan corto momento  
me dejó mi pensamiento  
y mi corazón contigo. (*vase.*)

## ESCENA II.

JUANA GREY, la REINA. *La REINA hace señas á las damas y á los Lores para que no la sigan.*

JUA. La Reina! á sus miradas ocultemos  
la turbación que la ventura causa,  
mi dicha no es de aquellas que se fundan  
en los aplausos de la gloria humana.

REI. Ah! sois vos, Ladi Grey? Quizá os estrañe  
que tan temprano á visitaros salga?

JUA. Al detener en sitio tan humilde  
vuestra real magestad la régia planta,  
feliz dia inaugura.

REI. Ese castillo,  
ese lago, esas selvas solitarias  
dónde el orgullo y la ambición del mundo  
sumisos tiemblan y medrosos callan,  
plácenme mas que el ruido tumultuoso  
que en derredor del trono me acompaña.  
Vos sin duda ignorais que vil acecha  
el fastidio el dosel de los monarcas,  
y que tenaz se lanza tras nosotros,  
y siempre, en todas partes nos alcanza...  
¿No hablan de eso tal vez vuestras lecciones?

JUA. Ah! no creais, señora, que mi infancia  
se armó contra peligros de ruin precio,  
á otras ideas sometida el alma  
desprecia tan potentes enemigos,  
con la sabiduría resguardada.

REI. Veo con gusto que mi prima es grave,  
cosa en su edad, por cierto, bien estraña;  
su corazón la ciencia ha madurado;  
pero es jóven al fin, y al fin la llama

brota en su pecho de la inquieta vida ;  
no temas á la Reina, habla, habla,  
muéstrame los tesoros que se encierran  
en tu pecho ; que yo, querida Juana,  
al pagar tus favores con cariño  
merezco se me trate con confianza.

JUA. El respeto!...

REI. El respeto! no! á mi lado  
siempre escuchando estoy esa palabra,  
despiadados vasallos se complacen  
en arrancar al Rey la flor sagrada  
de la amistad ; ¿acaso hemos cesado  
porque un dosel al mundo nos enlaza  
de amar y de sentir? Oh! si supieras  
¡cuánto un ardiente corazón que ama  
teme del régio trono el aislamiento!  
Hasta el áureo dosel no se levanta  
el acento de amor, acompañado  
con la tierna inquietud de la esperanza.  
Eterna soledad! Hasta la tumba  
que estéril é infecundo llanto baña.  
Pero no me comprendes?

JUA. No he sentido  
nunca desdicha tal ; pero me pasma  
su imágen horrorosa ; ¡qué tormento!  
¡qué pena debe ser no ser amada!

REI. Os he dicho eso yo?

JUA. No, mas el rostro  
habla elocuente porque nunca engaña.

REI. Pues bien : puesto que el cielo ha concedido  
el don de la prudencia á tan temprana  
y tan voluble edad, sé de Maria  
la íntima confidente, lee en su alma  
y en este corazón, que ya no es suyo :  
si en silencio sucumbe á la esperanza  
el premio de su amor, si en solo un dia  
todo el placer de su ilusion lozana,  
toda la dicha del vivir apura,  
ah! cómo gobernar nacion tan vasta  
cuando un solo recuerdo en nuestro pecho  
y en nuestro corazón impera y manda?  
Que absorbe el dia con imperio duro,  
que en la noche con sueños nos abrasa,  
que impone el yugo á los que dictan leyes,  
que hasta en el manto real hunde su daga,  
y el purpúreo carmin de la vergüenza  
enciende en las mejillas soberanas.

JUA. Mas cuando tal pasión arde en el pecho  
quién amado no es?

REI. Ay! no! que mata  
una duda cruel cuando en la frente  
una diadema fúlgida descansa!

JUA. Pero señal alguna no os demuestra  
la verdad?

REI. Cuando la oyen los Monarcas?  
Y á quién consultarias?...

JUA. A mi pecho.  
Oh! mi fiel corazón no me engañara.

REI. Niña feliz! la dulce poesia  
te mece en los encantos de sus mágias  
y sus sueños dorados.

JUA. Ah! señora!  
sueños tiene tambien, sueños que abrazan.

REI. Tu amor es el estudio solamente  
y solo á Dios diriges tus plegarias,  
no es cierto?

JUA. Si. (Guilfort, mentira horrible!)

REI. Dibujadas estan pureza y calma  
en tu frente infantil. Si, yo en mi córte

te quiero presentar, y quizá añada  
el placer del amor. . á esos placeres  
que tu sublime estudio te depara,  
y un esposo...

JUA. Señora!...

REI. Mas, qué veo?  
Un ligero carmin tu frente cándida  
colora... Qué motivo?...

JUA. Aqui, señora,  
en este sitio está todo lo que ama  
mi pobre corazón.

REI. Qué me habeis dicho?

JUA. Si, porque mi cariño en él os halla,  
en él halla á la Reina poderosa  
á quien un cetro altivo el Señor guarda,  
y un esposo tambien en el que funda  
su porvenir, su gloria y su esperanza.

REI. Si, Juana, si será ; la noche umbria  
que el horizonte régio me ocultaba,  
húndese en el abismo de los tiempos  
y su crespon fatidico desgarrá.  
Nada se opone á mi eleccion : conmigo  
puede ascender del trono por las gradas  
mi noble esposo ; y mi grandeza propia...

JUA. Qué, señora... no es Rey?

REI. Eso pensabas?  
Quién mas digno de serlo? Dios sin duda  
me dejó tal mision encomendada.  
Oh! qué bien sentará la real diadema  
en su sien juvenil!

JUA. (Duda tirana!)

REI. Quieres saber su nombre? ¿di?

JUA. ¡Su nombre!

REI. Quieres saber quien es á quien tanto ama  
mi ardiente corazón?

JUA. Oh! cómo tiemblo!

REI. Solo á tí te lo digo, Ladi Juana.  
Es Guilfort.

JUA. (Santo Dios!)

REI. Di, no merece  
ceñir la áurea diadema soberana?

JUA. (¡Guilfort!)

REI. Mira cuán bello se descubre  
el porvenir ; sumisos y á mis plantas  
la Inglaterra, y Guilfort, y confundidas  
en una sola nuestras dos miradas ;  
lo comprendes ahora?

JUA. No.

REI. Es posible!  
No tiene tanto amor eco en tu alma?  
Un reinado mejor no se presenta,  
porque yo le haré Rey.

JUA. Y si él rechaza  
la corona?

REI. Cuán poco has conocido,  
niña feliz, la condicion humana!  
Sino me amara, el resplandor del trono  
ciego le arrojaría ante mis plantas!  
Ademas, él me adora, estoy segura ;  
con qué afecto ayer noche me miraba!  
Yo le ví estremecerse, yo en sus ojos  
ví todo el fuego interno en que se abrasa.  
Su elocuente silencio me decia  
mas de lo que pudieran sus palabras.  
Si, si, no tengo duda, estoy resuelta,  
yo mi esposo le haré, desde mañana....

JUA. Oh!

REI. Qué teneis?

JUA. Dejádme.

REI. Mas que veo?

JOA. Qué conmovida estais! Os poneis pálida! Por la prosperidad de Inglaterra, por Guilfort y por vos rezando estaba.

REI. Si, tu inocencia al Dios de los mortales cándida subirá, si, reza, Juana; ahora déjame sola; el blando aroma que exhalan esas flores delicadas, el pausado murmullo de los árboles que van meciendo las flotantes auras quiero á solas sentir. Anda, me quedo á mis meditaciones entregada.

ESCENA III.

La REINA sola.

Cuál te envidia mi pecho, púdica flor, que en el vergel nacida de la cándida paz y la inocencia, tu caliz no ha deshecho con furia embravecida del vendabal de amor la violencia! Dulces y puras como el viento grato de este ameno jardín, sus ilusiones siempre castas, y bellas y tranquilas no sienten, mundo ingrato, despertar las pasiones con el bálsamo suave que destilas. Mas no: ven, ven, amor, ven en buen hora; cual ardiente muger, quiero anhelante caminar por tus inclitos despojos, que mas el resplandor del sol brillante, que el sosegado rayo de la aurora ansian mirar mis ojos.

Mas quiero tus borrascas tumultuosas y el continuo baiven de la fortuna, y el perpétuo dolor de tus deseos, que esas heladas dichas silenciosas que destrozando van una por una las flores de mis gratos devaneos.

Pero, por qué palideció á mi acento?

Juana Grey mi rival! Fuera locura tal cosa imaginar; al régio asiento nadie puede alcanzar; tanta es su altura.

Yo no tengo rivales, y acaso huirá de mis amantes leyes quien de mis manos reales

recibe la diadema de cien Reyes?

Lejos de mi, sospecha mal fundada, no tengo duda ya, si, soy amada.

*sienta junto á la estatua y toma el libro griego que está en el pedestal.*

Versos de Ladi Juana. Sus dolores

cuán fugitivos son; llora amorosa la pérdida tan solo de sus flores.

Pobre niña inocente y candorosa!

Jamás sentiste el álito encendido de una pasión voraz... Ah! ¿qué he leído?

«Mas porque tenga digna sepultura

»la que inhumano hirió noto bravio,

»descanse su fragancia y su hermosura

»en tu pecho, Guilfort, amado mio...»

¡Insensata muger! Y no has temblado de escuchar hasta el fin lo que imprudente te reveló mi acento?

Desdichada de ti! Tú me has clavado un puñal inclemente

en este corazón de amor sediento.

Venganza! Si, no esperes

ya compasión de mi; tú me engañaste;

con tu candor mentido me ofuscaste: ¡Indignacion! El elevado asiento de qué me sirve ya? Sal en buen hora, y sal, aborrecimiento, y préstame tu daga matadora, y llegue pronto el día que alumbre la venganza de Maria.

ESCENA IV.

La REINA, Juana GREY, GUILFORT, señores y damas de la comitiva de la REINA.

REI. Oh! señoras y señores, habeis llegado á buen tiempo; la poesia, ese arte

divino, que en nuestro reino

felizmente se cultiva,

es arte muy indiscreto,

que los misterios de amor

mil veces ha descubierto.

Muy pronto dejan de ser

arcanos los de los versos,

pues la antorcha de la musa

con sus brillantes reflejos,

los corazones demuestra

y todo lo que hay en ellos.

Sobre todo, ved, señores,

qué apasionados conceptos

se han escrito en este libro,

honrarian al mas diestro

poeta: Leed, Guilfort,

que vos debeis entenderlos.

GUIL. Señora....

REI.

Venid, señores:

entre nosotros tenemos

al autor, firme el que sea:

Nadie firma?

JOA.

Cómo tiemblo!

REI. Qué, ninguno de vosotros

se atreve á reconocerlos?

Sin embargo, la poesia

es de nuestra alma el espejo,

pura ó mancillada, en él,

ó buena ó mala la vemos.

No os atreveis á mirarla?

No os atreveis? Teneis miedo!

O de la noche mejor

apeteceis los misterios?

JUA. Ah, señora!

REI.

Hablad, hablad,

Ladi Grey.

JUA.

Callarme debo.

REI.

Con mas placer á Guilfort

confiareis este secreto,

no es verdad?

GUIL. (colocándose entre las dos.)

Basta señora:

yo la respuesta dar quiero:

por mas potentes que sean

de la Reina los derechos,

los de la inocencia tienen

mas elevado su puesto.

No he de permitir, señora,

ya que sus pesares veo,

que se prolongue el dolor

terrible que está sufriendo.

El respeto que se debe

á los reyes no es el miedo,

por eso yo en su presencia

los acato, no los temo.

Si de ellos es la corona  
 nosotros honor tenemos,  
 y mas quiero yo cien veces  
 arriesgar solo mi cuello,  
 que marchitar su virtud  
 con un infame silencio.  
 El alma de Ladi Grey  
 es un altar casto y bueno,  
 donde solo ardió la llama  
 de un purificado incienso.  
 Milores, para impedir  
 cualquier insulto de celos,  
 una palabra tan sola  
 quiero decir.

JUA. Dios eterno!  
 tente, Guilfort!

GUIL. Es mi esposa.

REI. Su esposa!

JUA. Divinos cielos!

GUIL. Es mi esposa, si, lo juro  
 en presencia del Eterno:  
 quién de vosotros, señores,  
 será tan mal caballero  
 que se atreva á calumniarla..?  
 Si le hay... le insulto, le reto,  
 y cuerpo á cuerpo conmigo  
 que venga á medir su acero.

REI. (Traicion!)

JUA. Vedme á vuestras plantas;

perdonadme si he dispuesto  
 de mi pecho, sin contrr  
 con vuestro consentimiento.  
 Si al trono ofendi, señora,  
 oh! caiga el castigo fiero  
 sobre mi, pero á Guilfort  
 perdonadle, yo os lo ruego.

REI. Yo pretendia elegiros (*alzándola con ironia.*)

marido, señora, y dueño,  
 que estais muy cerca del trono  
 y este tiene sus derechos.  
 Pero vos sin advertirme  
 otra cosa habeis dispuesto,  
 y vos Reina en hermosura,  
 habeis festejado á un tiempo  
 mi llegada á este castillo  
 y tambien vuestro himeneo.  
 Imprudente habeis andado: (*bajo.*)  
 si escuchabais mi secreto,  
 porque mis labios, miladi,  
 no cerrasteis al momento?

JUA. Señora...

REI. Mas Ladi Grey (*mas bajo.*)

renunciará por lo menos  
 á justificarse ahora;  
 descubrir tales misterios  
 era añadir otro crimen  
 á delito tan horrendo.  
 No me marchó todavia,  
 Ladi Grey, ya nos veremos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

Una sala del castillo; un trono á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

El Duque, Guilfort, Cranmer, Palmer, señores y  
 grandes de Inglaterra.

GUIL. Cuanto habeis tardado, padre!

¿quizá ignorais que la reina...

DUC. Todo lo sé.

GUIL. Está ofendida

de mi alianza secreta,  
 y que piensa castigar..

DUC. Hijo mio, nada temas,  
 apagaremos el fuego  
 de su insensata soberbia.

¿Qué está haciendo?

GUIL. Está encerrada,  
 y ha dado órdenes severas  
 para que no la interrumpan.

DUC. La interrumpirá por fuerza  
 la tropa de mis amigos  
 que tomará tu defensa.

GUIL. Un motin! tal no está bien  
 oh! padre! á nuestra nobleza!

La fuga es solo el remedio  
 que para salvarnos resta.

Huyamos de su furor.

DUC. Y nuestro resguardo sea  
 con la elevacion al trono  
 el brillo de la diadema.

CRAN. ¿Qué decis?

PAL. Que extraño arcano!

DUC. Juana es Reina de Inglaterra.

Leed, señores, leed,

la disposicion postrera

de Eduardo; desde el sepulcro

alzando la frente régia,

lanza sobre sus hermanas

fulminador anatema.

El adulterio rompió

la corona en su cabeza,

las hijas de Enrique octavo,

en su escudo de armas llevan,

la vergonzosa señal

de su dudosa ascendencia.

Enemiga se declara

de Maria Europa entera,

el parlamento tambien

en favor nuestro se apresta,

y se junta á mi partido.

lo mejor de la nobleza.

Halifax en nuestras filas

con diez mil soldados entra:

Maria en este palacio

ha quedado prisionera;

en él verá derrumbarse

su poder y su grandeza.

Suffolk en este momento

discordias en Dublin siembra,

y todo responde y se alza

al grito de independenciam.

Mas concluyamos, señores.

PAL. Si, ninguno titubea,

del trono de Eduardo sexto

sea Juana la heredera.

DUC. No esperaba menos yo.

CRAN. Dios la nombra nuestra Reina,

y su cetro arrojará

el cetro de Roma á tierra.

GUIL. Aquí viene.

DUC. Retirarnos

por ahora será fuerza.

Prepárala tú, hijo mio.

GUIL. Yo!

DUC. Si, tan honrosa empresa

á ti te está encomendada.

Aschem entre dos potencias  
 prefiere quedar neutral;  
 él buena persona fuera,  
 pero mejor tus recursos  
 vencerán su resistencia.

## ESCENA II.

GUILFORD, JUANA.

JUA. Al fin te encuentro, Guilfort;  
 mi turbacion va creciendo,  
 pues todo lo que estoy viendo  
 es triste, amenazador.

Armas he visto brillar  
 en las vueltas del jardín,  
 no hallo á tu padre, y al fin  
 no pude á la Reyna hablar.

GUIL. Alza tú frente serena  
 sin rubor ni mancha alguna  
 que cerca está la fortuna,  
 lejos la borrasca suena.  
 Alzala, adorada mia,  
 porque destrozada ves  
 y arrastrándose á tus pies  
 la grandeza de Maria.

JUA. Cielos! Tu acento me aterra!  
 qué significa ese tono?

GUIL. Que eres señora del trono,  
 que eres Reina de Inglaterra,  
 y que conforme á la ley  
 dada por los soberanos,  
 ha puesto el cetro en tus manos  
 al morir el niño rey.

JUA. Oh! que red me habeis tendido!  
 Por qué mi llanto insultais?  
 Qué os he hecho que asi clavais  
 en mi pecho dolorido  
 un acero matador!  
 No es mejor, querido esposo,  
 aquel desvario hermoso  
 de nuestro feliz amor?  
 Pero si todo es verdad,  
 dejadme llorar al menos  
 aquellos dias serenos  
 de tanta felicidad.

GUIL. La sangre de Enrique, Juana,  
 no dice á tu corazon...

JUA. Solamente la razon  
 dicta esa voz soberana,  
 y del sepulcro sombría  
 sale pavorosa, austera,  
 á decir que la heredera  
 del trono solo es Maria;  
 que ella es la Reina tan solo,  
 que á Eduardo se sorprendió,  
 y cual niño sucumbió  
 á la astucia sino al dolo.

GUIL. Ah! cuando el pueblo te nombre  
 entonces accederás.

JUA. El pueblo sigue quizás  
 siempre la voz de un solo hombre.

GUIL. Pero si Dios te eligió...

JUA. No, no, Guilfort, me resisto.  
 Dime, ¿cuándo al cielo has visto  
 que al delito protegió?  
 No, yo no acepto esa altiva  
 corona, ni el régio asiento,  
 y hasta el mismo parlamento  
 llevaré mi negativa.

GUIL. Tu negativa!

JUA. Guilfort,

buscad alma mas gloriosa,  
 que el alma de vuestra esposa  
 solo quiere vuestro amor.

No encontrareis en la tierra  
 ambicion? Persona habrá  
 que el cetro recibirá  
 de la gloriosa Inglaterra.  
 Vos aceptasteis por mi,  
 yo no acepto.

GUIL. Juana mia!

JUA. No, no; el trono es de Maria.

GUIL. Ay, tú nos pierdes asi;  
 no es posible detener  
 ya nuestro paso, marchemos,  
 Juana, cerca el trono vemos  
 ea, á morir ó vencer.

JUA. No.

GUIL. Mis palabras te animen,  
 te espera la magestad.

JUA. Oh! buscar la impunidad  
 en la grandeza del crimen!

GUIL. Los pueblos mal satisfechos  
 de Maria con razon...

JUA. No hablo de su corazon,  
 hablo, si, de sus derechos.

GUIL. Juana déjate guiar  
 si nos quieres proteger.

JUA. No, la justicia ha de ser  
 siempre mi norte y mi altar.

Si esa esplendente corona  
 de tantos ambicionada,  
 es una carga pesada  
 cuando el derecho la abona;

ay Guilfort! cuan grande fuera  
 su peso, cuan infinito,

si por manos del delito  
 en nuestra frente estuviera!

Y yo, gran Dios, dejaria  
 mi deliciosa mansion?

No es capaz mi corazon  
 de tan vil apostasia.

Y si quizá un tiempo llega  
 en que marchando al acaso,  
 dirijo mi débil paso  
 por el trono, errante y ciega.

Si grave riesgo levanta  
 su fiera impiedad traidora,  
 y veo acercarse la hora  
 del peligro que me espanta,

yo, Guilfort, te acusaré,  
 yo recordaré, Guilfort,  
 aquel delicioso amor  
 que por tu ambicion dejé.

GUIL. Toda esa felicidad  
 destruyes con tu porfia;

teme, teme de Maria  
 la rabiosa ceguedad.

JUA. Yo á la Reina buscaré  
 y si á sus plantas me arrojé,  
 para mitigar su enojo  
 palabras encontraré.

GUIL. Por mas que te humilles, Juana,  
 muy alta tu frente está,  
 y no nos perdonará  
 la celosa soberana.

JUA. Si es tan terrible mi suerte  
 al destino me abandono.

GUIL. Mas del cadalso y del trono

dime, que eliges?  
**JUA.** La muerte!  
**GUIL.** La muerte!  
**JUA.** Si, que nos lleva al trono la iniquidad, y la generosidad al cadalso nos eleva.  
**GUIL.** Pues bien, Juana, cumple; si lo que á tu virtud le cuadre, morir verás á mi padre, morir me verás á mi.  
 Y sufrirán igual suerte tus valientes defensorés, que á tus fieles servidores conducirás á la muerte.  
**JUA.** Desventurada!  
**GUIL.** Y tu vida sacrificará traidora, dueña absoluta y señora, tu rival aborrecida.  
**JUA.** Pero qué quieres al fin?  
**GUIL.** Quiero que ciña tu frente la diadema refulgente, candoroso serafín. Quiero ver que el mundo entero reina y señora te nombra, y que solo con tu sombra se humilla su cetro fiero. Y que el tuyo vencedor se alza cual gloriosa palma, al par que vierto en tu alma olas de ferviente amor. Y te da mi idolatria mil encantos alhagüeños, y tornar te hace á los sueños de la dulce poesía.  
**JUA.** Señor del cielo, Señor, que tanto me concedéis, cuando me lo arrebatéis dejadme al menos su amor.  
**GUIL.** Ven al trono de Inglaterra desde el sacrosanto altar.  
**JUA.** Y si quereis castigar castigadme á mi en la tierra.  
**GUIL.** Muestra á los que ya esperando están, tu régia persona.  
**JUA.** Ya esa terrible corona está mis sienes quemando. Perdónale, Dios clemente.  
**GUIL.** Lloras! afligido estoy.  
**JUA.** No he de llorar...! Reina soy y llevo sobre mi frente, con la señal del delito, un pensamiento mortuorio, y ese título irrisorio con manchas de sangre escrito.

### ESCENA III.

JUANA, GUILFORD, DUQUE, CRANMER, PALMER, señores.

**GUIL.** Venid, Milores, la corona acepta.  
**CRAN.** Imágen son de Dios los reyes buenos. Dejad que á vuestros pies...  
**JUA.** No, levantaos...  
**DUQ.** Fuerza es que recibais los juramentos de vuestros fieles súbditos.  
**JUA.** Mis súbditos!  
**DUQ.** Ya que no os oponéis, sin perder tiempo, vé á Lóndres, hijo mio, y si murmura y grita el populacho descontento,

los medios sabes de domar sus iras y detener su furia.  
**GUIL.** Os obedezco.  
**DUQ.** Vos procurad que nadie nos sorprenda.  
 (á Palmer.)  
 Ahora tomad el poderoso cetro, colocad en su frente la corona, (á Cranmer.) y por sus claros é inclitos derechos hable el sagrado Dios por vuestros labios.  
**JUA.** De las grandezas el abismo horrendo preséntase á mi vista, ya estoy pronta, coronad á la victima.  
**CRAN.** Momento (ap.) solemne. Dá á tu alma la grandezad que generoso te regala el cielo, desecha de ella cual delito horrible las voces de un falaz remordimiento. El todo poderoso te depara el brillante dosel; sube sin miedo, y lleva con vigor y fortaleza de tal honor el magestuoso peso.  
**JUA.** Perdonadme, señor!  
**CRAN.** Castiga, absuelve, defiende el santo altar, y el paso régio tiende al alto dosel.  
**JUA.** Si, ya mi planta dirijo sin temor, ya estais contentos, mas solo Dios en mi lance sus iras si su justicia soberana ofendo.  
**DUQ.** Reina, desde el dosel (de rodillas.) que nuestras manos alzaron poderosas, con proyecto de asegurar la dicha de la patria, recibid los leales juramentos... Mas que nos quiere Palmer?  
**PAL.** (entra precipitadamente.) La Princesa se dirige hácia aqui con el intento de hablaros.  
**DUQ.** Pero sabe...  
**PAL.** No, lo ignora.  
**DUQ.** Juana, valor; quedaos en vuestro puesto.  
**JUA.** Dios mio!  
**DUQ.** No tembleis. Valga la audacia.  

### ESCENA IV.

Dichos, la REINA.  
**REI.** Milord, el clandestino (sin ver á Juana.) casamiento de vuestro hijo, mi poder ofende y la ofensa es mortal; castigo fiero reservo á Juana Grey.  
**DUQ.** Quién sois, señora?Cuál es vuestro poder? Con qué derecho hablais de castigar? A su presencia doblad, Maria, el orgulloso cuello, que vuestra Reina es.  
**REI.** Qué es lo que miro?  
**DUQ.** Veis ocupando el poderoso asiento á la que en sus derechos apoyada os arrebató el usurpado cetro: Veis vuestra Reina, si, no vuestra victima?  
**REI.** Estais soñando, Duque?  
**DUQ.** Ved si sueño. (dándole el testamento de Eduardo VI.)  
**REI.** Cielos!  
**DUQ.** Qué me decís? Quién es ahora la súbdita y la Reina? Vuestro ciego

enojo con castigos deliraba  
pero del fondo del sepulcro egregio  
levanta Eduardo el brazo poderoso  
y vuestra magestad arroja al suelo...

REI. Eduardo! En dónde estoy?  
DUQ. Entre mis manos.

REI. No, todavía no.  
DUQ. Ya mis guerreros  
os cierran los caminos, y ya en Londres  
alzan por Reina á Juana Grey.

REI. Qué es esto?

Lord Palmer, Schesbury, qué red infame  
me tendeis?... Sois traidores; no lo creo;  
la gloria de mi padre en vuestras armas  
aun conserva su brillo puro y terso,  
mancharlas no querreis, porque mi sangre  
será señores su borron primero.

Responded á ese hombre, respondedle,  
mas callados estais...? Ay! tengo miedo.

DUQ. Evitad tan ridiculas protestas,  
evitad tan inútiles esfuerzos,  
vuestro inmenso poder cayó, señora.

REI. No, vive Dios! no á fé, con raudó vuelo  
muy alto se alzaré, mortal sentencia  
romperá el maldecido testamento.  
Aun me puedo vengar.

CRAN. La Reina es Juana.

DUQ. Y es mi hija tambien.

REI. Milord, á tiempo

entró en vuestra familia; á vuestro hijo  
buen dote preparásteis, pero creo  
que esa union misteriosa será nula.

PAL. La voluntad de Eduardo obedecemos,  
la Reina es Juana.

DUQ. Y vos su prisionera.

REI. Niña!... la Reina tú! Levanta al cielo  
tus ojos, y demanda por testigo  
al Soberano Dios del universo.

DUQ. Si, yo demando á Dios, y pido solo  
para mi juez su tribunal supremo.

REI. Las lágrimas acerbos que derramas  
estan esas palabras desmintiendo.  
Sufre tu nombre vil de usurpadora  
y encubre, niña, tu rubor al menos.

La Reina es Juana Grey! Verdad horrible,  
ahora desnuda por mi mal te veo.

Tú armado con el acto mortuorio  
que me derrumba del poder escelso;  
verdugo de la hermana y del hermano  
Rey y Señor, que á su último momento  
asististe, responde: qué motivos  
te le hicieron tener tan encubierto?

Eduardo le ha firmado! Si, no hay duda,  
cuando en redor de su mortuorio lecho  
apretaste su mano, débil, flaca,  
con la tuya viril; cuando tu genio  
ahogaba su intencion, tú le obligaste  
á firmar; sin saber, el testamento  
firmó; pero por fuerza, y tal violencia  
cerca se halló del funeral silencio.

DUQ. Nuestros sacros derechos defendamos,  
dos Reinas hay, sagaces observemos  
el caracter de entrambas; ved, señores,  
que una alimenta el matador veneno  
del ódio y del rencor, en su alma fiera,  
que al dogma atentará del gran Lutero;  
y que en mares de sangre el fanatismo  
las leyes ahogará de nuestro pueblo.

La otra, guiada por la mano recta

de la sabiduria, al alto templo  
de la inmortalidad tenderá el paso,  
y cual faro brillante de los cielos  
encumbrará sobre la rica Europa  
el glorioso pendon de nuestro imperio.

REI. (Luzbel cayó, mas al caer llevóse  
á sus abismos la mitad del cielo.)  
(dando vueltas por la escena.)

Palmer, Darcy, Bedford, Sommerset, Cranmer,  
qué me indica, gran Dios, vuestro silencio?  
La muerte....

DUQ. (Puede ser.)

JUA. Entre mis manos

yo del poder la omnipotencia tengo?

CRAN. Si, Reina, le teneis.

JUA. Si el trono es mio

quiero usar de mis inclitos derechos.  
Jurais obedecerme!

TODOS. Lo juramos.

JUA. Pues bien: libre ponedla en el momento;

yo no me informo si quizá algun dia

estará en su poder, pero mas quiero

que una prudencia vil y temerosa

arrostrar un peligro con esfuerzo,

y si caigo á mi vez, nuestros vasallos

Reina clemente fué, dirán al menos.

DUQ. Señora!...

JUA. Si, Milord, por mis acciones

solo á mi corazon pido consejos,

régia diadema mi cabeza adorna,

Reina soy y obediencia es lo que quiero.

Seguidme.

DUQ. (Mis proyectos se han frustrado.  
Yo detendré el impulso de su vuelo.)

## ESCENA V.

La REINA.

Se fué! Desesperacion!

Y es impotente mi furia!

Y asi tolero la injuria

de su altiva compasion!

Yo bajo su proteccion!

Yo á su poder me abandono,

y cuando llena de encono

vengo con furia infernal

á humillarla, mi rival

está sentada en mi trono.

Oh! mas quisiera espirar

que no perder mi decoro,

y ver mi diadema de oro

otra cabeza adornar.

Juana, vamos á jugar

una arriesgada partida,

y pues que estoy ofendida

por mi malhadada suerte,

juego sin temer la muerte,

mi vida contra tu vida.

## ESCENA VI.

La REINA, LORD SURREY.

REI. Sabes qué red me han tendido,  
Surrey?

SUR. En este momento

supe el criminal intento,

señora, y me he estremecido.

REI. Conque guardo todavía

un amigo?

SUR. Siempre; si,

teneis un súbdito en mi.

REI. Gracias: yo bien lo sabia.

SUR. Su victoria es insegura.

REI. Qué dices?

SUR. El parlamento  
es de ellos, mas descontento  
el pueblo leal murmura;  
segun acabo de oír  
creo seguros no esten,  
que el ejército tambien  
se ha empezado á dividir.

REI. Ah! Vamos.

SUR. Son espíados  
nuestros pasos con afan,  
pero pronto llegarán  
fieles amigos armados.  
Pronto vereis á Arundel  
con su tropa vencedora  
lanzar á Juana, señora,  
del usurpado dosel.

REI. Oh! si, la victoria es cierta  
no he perdido la esperanza;  
ay! si con voz de venganza  
me oyen llamar á su puerta!  
ay! si mi cólera estalla! (*ruido.*)  
ay! si vence mi furor!  
pero no oyes?

SUR. Qué rumor!  
Se está dando una batalla.

REI. Si, que el pueblo ha revestido  
ya su armadura de acero,  
y alza triunfador y fiero  
mi dosel enaltecido.

Oh! dichoso del que venza!  
alienta, grata esperanza;  
ya está cerca mi venganza,  
ó mi oprobio ó mi vergüenza.

Ay! esos golpes lejanos  
cuéntalos el alma mia.

Si, Juana Grey y Maria  
han venido ya á las manos.

El Señor decidirá,  
él nos alza ó nos abate;  
pero despues del combate  
siempre un trono quedará.

Angel exterminador,  
de Dios mensajero ciego,  
tiende tus alas de fuego  
y tu álito destructor.

Yerma la fecunda tierra  
con tu guadaña cruel,  
y déjame á mi el dosel (*crece el ruido.*)  
de la potente Inglaterra.

Mas la lucha se encarniza,  
el mundo á si se destroza,  
ay! cómo mi pecho goza  
y cómo se martiriza!

Triunfante de mi rival  
yo abriré su sepultura,  
dejando de su hermosura  
un cadáver por señal.

A mi furor me abandono  
porque es justo mi furor,  
con quien me roba mi amor  
y me derrumba del trono.

Sufra su terrible suerte,  
yo mi cólera mantengo, (*cesa el ruido.*)  
porque asi gozo, asi vengo  
su compasion con su muerte.

Pero ha cesado la lucha,

cielos! saldré vencedora?

No oyes nada?

SUR. No señora.

REI. No importa: Surrey, escucha.  
Ese silencio me aterra,  
Oh! incertidumbre tirana!  
O á la tumba voy mañana  
ó Reina soy de Inglaterra.

FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO,

[La misma decoracion.]

ESCENA PRIMERA.

LORD SURREY, LORD DAVISON, *despues la REINA.*

DAV. Triunfamos.

SUR. La gran ciudad

avanzó con paso fuerte,

aunque sonó todo un dia

el cañon de los rebeldes:

Entramos hoy vencedores

de lauro ornadas las sienas,

en el aposento mismo

do vasallos insolentes

presa á la Reina tuvieron

entre sus traidoras redes;

Northumberland en el campo

de batalla halló la muerte,

su ejército está deshecho,

Juana y Guilfort presos vienen

á pagar con su cabeza

sus intentos delincuentes.

Con el parlamento luego

vendrá la Reina, pues quiere

que en este paraje mismo

den su sentencia los jueces.

REI. (*entra seguida de las guardias.*)

Dios lo decidió, Surrey.

No quiero ser indulgente;

vea mi venganza el sitio

que vió su traicion aleve.

Yo trasformo en tribunal

ese dosel insolente,

á los que ayer me humillaron

yo humillaré con las leyes,

y otra vez nos miraremos

cara á cara y frente á frente.

Pero de lugar cambiando,

y Juana tendrá que verse

á los pies de la muger

que de tal modo aborrece.

Yo subiré por sus gradas

de acero armada la frente,

el corazon insensible,

cruel, magestuosa y fuerte.

Imparcial seré, Surrey,

que mi lábio no se mueve

para el castigo ó perdon,

la ley dá lo que merecen.

Yo guardaré para ella

todo el veneno que vierte

mi furor, todo el enojo

que por mis venas se enciende.

SUR. Pero sin Guilfort, señora,

condenarla no se puede.

REI. Calla, calla.

SUR. Es la verdad:  
La justicia recta siempre  
sobre los dos criminales  
su sagrada vara tiende.

REI. Guilfort... no, no, es imposible.

SUR. La ley así lo requiere.

REI. Tienes razón, y he hecho bien  
en andar yo tan prudente;  
ya no se halla en Inglaterra.

SUR. Ha huido!

REI. Mi labio quiere  
decirtelo todo, si,  
yo le libré, de tal suerte,  
que ya le llevan á Francia.  
(Mi loca pasión me vence.)

## ESCENA II.

Dichos, EVARRADO.

EVE. El parlamento á este sitio  
se dirige.

REI. Al punto que entre. (sube al trono.)

## ESCENA III.

Dichos, El LORD CANCELLER, El PARLAMENTO.

REI. Sentaos, milores: con placer he visto  
de muchos de vosotros las protestas,  
contra el vano poder que solo un día  
bastante fué para arrojar por tierra.  
Para absolver ó castigar os llamo;  
la integridad del juez hace la fuerza  
del monarca. Mis ínclitos derechos  
sufrir no pueden la menor ofensa,  
sin cometerse un sacrilégio: el sólio  
es el sosten potente de la iglesia.  
En fin, contra un altar luchaba un trono,  
ay del vencido en tan infanda guerra!  
Ahora que venga la culpable; trato  
que tome su maestro su defensa.

## ESCENA IV.

Dichos, JUANA, ASCHEM, soldados.

REI. Llegad y alzad los ojos. Os deslumbra  
por ventura el fulgor de mi diadema?  
Ayer la vuestra fué; quizá ignorabais  
que si movia su voluble rueda  
la fortuna, muy cerca de la muerte  
está la magestad y la grandeza,  
y que empuñar el cetro, era al cadalso  
subir, del trono real por la escalera.  
Mas no queremos avanzar un juicio  
que los jueces quizá nunca profieran,  
y yo tal vez con sentimiento oiria  
sobre vos recaer tan cruel sentencia.  
Juana Grey en el día de su triunfo  
no pidió mi corona y mi cabeza,  
su timidez me conservó la vida.  
Tan noble acción agradecer es fuerza.  
Ahora, imparciales pronunciad el fallo,  
sentenciada no estais, si prisionera.

(á Juana.)

En tan graves debates, la ley solo  
absoluta, imperiosa, manda y reina;  
mi ajada magestad quedará muda  
de su sagrado nombre en la presencia.  
Que perdoneis ó condeneis, nosotros  
siempre siguiendo la justicia recta,  
castigaremos la ambición de Juana  
que osó ceñirse la corona régia.  
Romperemos también el testamento

causa de tal baldon y tal ofensa,  
la ley obedeciendo; el cielo mismo  
por nosotros está, que en la refriega  
Northumberland murió; castigo santo  
que la justicia del Señor demuestra,  
y aunque su hijo Guilfort rompió sus hierros..

Todos. Guilfort!..

JCA. Gracias, mi Dios, muero contenta.

SUR. Juana Grey; de la sangre derramada  
debe cuenta rendir á la Inglaterra.

Asc. Reina... me permitis?..

REI. Sin duda alguna.  
Hablad, Aschem, hablad; vuestra elocuencia,  
vuestro talento servirán de mucho  
á Juana Grey, hablad.

Asc. No se avergüenza,

señora, mi virtud de haber guiado  
los pasos tiernos de su edad primera,  
y seguido despues el noble vuelo

que tomó su feliz inteligencia,  
aunque hubiera su planta dirigido  
al cadalso, señora; aunque tubiera

en el solemne trance de la muerte  
que exhortarla á morir; mi voz paterna...

¡Morir tan jóven, tan hermosa y pura,  
morir en una edad tan santa y bella!

No es posible, no hay jueces tan tiranos  
que dicten esa bárbara sentencia.

Morir ella! ¿Por qué? cuando ella sola  
fué quien se opuso á tan audaz empresa?

Cuando llorando suplicó de hinojos,  
cuando dijo por fin, «no, no soy Reina.»

Quién manda castigarla? Quién se atreve  
el hacha á descargar en su cabeza?

Reina, sabed que si el escelso trono  
en sangre de inocentes se cimenta,

el huracan del desbordado pueblo  
sin poder, sin valor caerá por tierra.

Oh! Reina! perdonad; para probaros  
el Señor, esta victima os entrega;

imitad perdonando el gran ejemplo  
que de reinar os dió: sed aun mas que ella.

Mostrad que ese poder os le dió el cielo  
imitando del cielo la clemencia.

No, tú no morirás ¡hija del alma! (á Juana.)  
tú al triunfante partido darás fuerza;

ven á mis brazos, ven; ven, hija mia,  
libre y feliz serás; Juana, no temas.

JCA. No padre mio; no; culpable he sido,  
abandonadme á mi desdicha adversa.

Lleno de amor mi corazón, con gusto  
voy á espíar hoy mismo mi obediencia.

El trono de Maria está muy alto;  
no le alcanzan los tiros que le asestan,

yo que ceñi la fúlgida corona,  
yo que he aceptado el título de Reina,

yo la culpable soy: no caminaba  
cual mis parciales desdichados, ciega,

yo el porvenir veia, en mi camino  
ya no hay persona, no, que me detenga.

Decis que impide que al cadalso suba  
mis pocos años? Si tan jóven fuera

no hubieran en mis sienes colocado  
con alta pompa la corona régia.

Oh! solo quiero, si infeliz sucumbo,  
llevar vuestro perdon; que al menos sepa

que no miran con odio mi memoria  
los que por mi sufrieron tantas penas.  
Si, delincuente fui, mas el cadalso

es público lugar de penitencia, tranquila estoy y moriré tranquila; si la temerosa muerte no me arredra.

REI. (Cuán vehemente me acosa mi venganza! y cuán lenta y tardia es la sentencia.)

JUA. Mas si Guilfort volviese, yo señora pido le perdoneis; si su alma llena de inextinguible amor, busca en mi tumba una señal de mi sobre la tierra. Oh! no le castigueis.

REI. Y vos, decidme, quién os mandó servir de medianera?

JUA. Un título sagrado!

REI. Usurpadora!

¿Aun quereis insultar á vuestra Reina? Mas no temais, huyó.

JUA. Huyó! bien puedo arrostrar el furor de la tormenta.

Oh! soy aun mas feliz que imaginaba.

Sola voy á morir! Oh! dicha inmensa!

REI. Sois generosa! vuestro tierno pecho pudo al sentir tan prolongada ausencia, creerse abandonado... mas qué escucho? ese extraño rumor... mirad quién llega.

(á Surrey.)

#### ESCENA V.

Dichos, EVERARDO.

EVE. Señora, el pueblo persiguió al culpable y al fin ha hallado de Guilfort las huellas; preso le traen aquí.

REI. y JUA. Cielos!

SUR. Silencio!

Cuidad, Señora, que el amor no os venda.

#### ESCENA VI.

Dichos, GUILFORT, soldados, pueblo.

JUA. Guilfort!

GUIL. A tiempo llego, Juana mia!

No es cierto que sin mi te condenaban?

Oh! bien mi corazón me lo decia,

al libertarme á mi, te asesinaban.

A todos lo pregunto, si, Milores,

esta niña inocente y hechicera,

víctima de sus bárbaros furoros

iba á sufrir la muerte la primera?

JUA. Oh! calla por piedad!

GUIL. No, qué me importa

de esa muger la cólera vehemente?

Mi vida será corta,

desprecio sus furoros.

REI. (Imprudente!)

GUIL. Juana del corazón, vengo á salvarte.

En vano con intento cauteloso

de la oscura prision me sustrageron,

el amor engañaron del esposo

y que iba á libertarte

los monstruos infernales me dijeron.

Oh! yo seguí la misteriosa mano

que á tu lado, mi bien, me conducia,

mas ay! dolo tirano

mi vida solo libertar queria.

Cuando lo comprendi, juzga mi enojo;

pensando en ti y en tu terrible suerte

entre el pueblo me arrojé,

y pido la prision, pido la muerte.

Soy Guilfort, exclamé, soy el caudillo

de los rebeldes, libertarme anhela,

mas yo no acepto la traicion impia,

quiero entregarme al matador cuchillo porque soy enemigo de Maria.

Entonces corren, vuelan,

me circundó su cólera horrorosa,

á los pocos soldados atacaron

y de mi libertad me libertaron,

y pude verte al fin, querida esposa:

ya veis cuán poco hicisteis en mi abono

(á la Reina.)

el solio me ofreceis, la muerte quiero,

no me deslumbrá el resplandor del trono,

que mi amor y mi honra van primero.

REI. De ese insulto, Guilfort, tomé venganza

dando tu cuello á la cuchilla impia

del verdugo; no tengas ya esperanza.

GUIL. Sino fuera á morir, ¿á qué vendria?

JUA. Que dices!

GUIL. Si, mas tu lugar tomando

al tribunal demandando frente á frente

me diga que delito está juzgando,

quién es el criminal? El delincuente?

Es una niña candorosa y pura

sin mas crimen tal vez que su hermosura?

Oh! cuánto os engañais! cuando el verdugo

afile la cuchilla matadora,

por ventura pensais poner el yugo

al pueblo? Os engañais. Sabed, Señora,

que la primera víctima que cuenta

de nuestra libertad la causa santa

es Juana, y que rugiendo la tormenta

frente de vuestro trono se levanta.

Temedla, Reina; la feroz cuchilla

puede quizá caer sobre su frente,

pero no imagineis que así se humilla

la regeneracion de un pueblo ardiente.

De la fecunda y liberal semilla

riego será su sangre, y prepotente,

de fuerte acero armándose la diestra,

vencedor saldrá el pueblo en la palestra.

Quién podrá contener su altivo vuelo,

ay! si guiado por su audaz encono

sin dar rienda ni limite á su anhelo

fiero se lanza á derribar el trono?

Ay! si rasgando el manto de las leyes

cuentas de su poder pide á los reyes!

Si sabe que una frente coronada

puede dar al cadalso su corona,

se bañará en la sangre entronizada

si de poder omnimodo blasona.

Dejad á Juana Grey en el asilo

oscuro do pasó su tierna vida,

allí verá su porvenir tranquilo,

pobre flor entre selvas escondida.

Ella culpable no es; yo solamente

fui quien ambicionó tales honores,

de la conspiracion me puse al frente;

su gefe soy, merezco los rigores

que amenazan su vida; es inocente,

mátame á mi, desprecio tus favores.

Yo el cadalso merezco,

si, vengate de mi, pues te aborrezco.

REI. Qué dices?

GUIL. Si, culpables hemos sido

Eduardo y yo; nosotros merecemos

de la ley el rigor; á eso he venido,

en el cadalso mismo triunfaremos:

dicte ya tu inelemencia

de mi muerte cercana la sentencia.

Desprecia la memoria de tu hermano

desprecia su mandato postrimero,  
y que abrase el verdugo por su mano  
las pruebas del legitimo heredero.  
Alza tu frente de ambicion erguida,  
la tumba es mi resguardo, soy aun fuerte,  
desprecio el beneficio de la vida,  
soy mas grande que tú, yendo á la muerte.

JUA. Ah! no, tú no eres Rey.

GUIL. Yo á tu cabeza  
la diadema ceñí.

JUA. Mas tú no tienes  
parte en la magestad ni en la grandeza,  
yo la corona coloqué en mis sienes.

REI. Basta ya: sus derechos impostores  
aun osan sostener; en el momento  
pronunciad la sentencia y ved, Milores,  
de cumplirles su intento.

Yo he abandonado al tribunal augusto  
vuestra suerte futura,  
el tribunal será severo y justo,  
una voz interior me lo asegura.

JUA. Reina!

GUIL. Ven, amor mio,  
yo nunca en tus pesares te abandono;  
si el trono te arrebatara el mundo impio,  
ven á mi corazon, ese es tu trono.

REI. (Aun triunfa!)

SUR. La sentencia decretada  
por los Lores está.

REI. Leed. (Oh cielo!)

SUR. «Nosotros todos Pares y Lores de Inglaterra,  
»habiendo sido encargados por la Reina Maria  
»de citar en presencia de la cámara alta á Juana  
»Grey, hija mayor del Marqués de Dorset,  
»Duque de Suffolk, y á Guillelmo Dudley, últi-  
»mo hijo de Dudley, Duque de Northumberland,  
»acusados del crimen de rebelion y usurpacion  
»de la corona, despues de un maduro consejo y  
»de consultar con nuestra alma y conciencia,  
»declaramos en pleno tribunal, que la dicha  
»Juana Grey, y Guilfort Dudley, su esposo, son  
»culpables del crimen de que se les acusa, y  
»les condenamos á muerte.»

GUIL. Juana Grey á la muerte condenada!

REI. (El la verá morir!)

GUIL. Oh desconsuelo!

JUA. Acabas de una vez, fortuna impia?

GUIL. Asi comienzas á reinar, Maria?

JUA. Guilfort!

SUR. Al calabozo conducidlos.

Mañana morirán.

REI. Mañana!

GUIL. Vamos.

Ya para siempre, Juana, nos juntamos.  
(el parlamento se retira llevándose los reos.)

## ESCENA VII.

LA REINA, ASHEM.

Asc. Es posible! Vos á muerte  
condenais á Juana? ¿vos?

REI. Quien es quien me habla de Juana,  
cuando han juzgado á Guilfort?

Ah! yo he sido la primera  
que su castigo sufrió;  
yo su sentencia he firmado;  
una hiena, un tigre soy,  
ese es el único fruto  
de mi poder superior;  
firmar decretos de muerte!

Asc. Vuestro labio le dictó.

REI. ¿Y lo que dictó la Reina  
que le importa al corazon?  
Siempre mi aborrecimiento  
luchando está con mi amor.  
¡Lucha terrible, incesante,  
combate de maldicion!

Asc. Pero podeis perdonar.

REI. Quién! Yo perdonarle? yo!  
para que al rostro me arroje  
mi amorosa compasion?  
Perdonar! Oh! mi clemencia  
otra vez ya despreció,  
y no quiero que dos veces...

Asc. Perdonadlos á los dos.

REI. A los dos!

Asc. Es un deber  
que con el trono nació,  
y que coloca á los reyes  
al nivel mismo de Dios.

REI. ¡Perdonar á Juana Grey!  
¿á mi rival! quién? yo! yo!

Asc. Entonces por qué os quejais  
de la ley y su rigor?

Los dos irán al suplicio,  
pero su firme pasion  
dosel creará del cadalso  
que tambien los reunió.  
Juntos irán á la tumba.

REI. Juntos! juntos! ¡Oh furor!  
esa es suerte apetecible...  
es verdad... teneis razon...  
los perdonaré, mas como!...  
(Cielos! que luz interior!  
nada se podrá oponer,  
mis derechos... la razon  
de estado...) no, no es posible,  
oh cielos!... qué infeliz soy!  
Mas qué importa? La venganza  
anhela mi corazon,  
y en vez de venganza, es premio  
reunirlos á los dos:  
no, serian muy felices.  
Ambos tienen mi perdon.

Asc. Esa palabra esperaba.

Oh, señora!... (se arroja á sus pies.)

REI. A mis pies, no;  
no me deis gracias aun,  
porque puede hacer mi amor  
que el parlamento les ponga  
tan terrible condicion,  
que Guilfort y Juana Grey  
quieran la muerte mejor.

Asc. Señora...

REI. Sigue mis pasos  
sabrás cuál es mi intencion.

FIN DEL ACTO CUARTO.

## ACTO QUINTO.

Un Calabozo sombrío en la torre de Lóndres.

ESCENA PRIMERA.

GUILFORT, JUANA, dormida.

GUIL. Duerme, niña infeliz, el llanto acerbo  
que en tus mejillas cándidas derramo,  
no te despierte, no; goza un instante  
tras de tanto penar algun descanso.

Angeles bellos, circundad en torno  
ese sueño feliz y sosegado;  
no la digais que al despertar la espera  
una afrentosa muerte en el cadalso.  
Habladla de mi amor. Mas, oh, terrible  
remordimiento! Sus desdichas causo,  
y'el presente nupcial que voy á darla  
es de la muerte el funeral sudario.

La muerte! y sin piedad sobre su cuello  
descargará su poderoso brazo,  
y sin compadecer tanta hermosura  
vá á inmolar el objeto que mas amo?

JUA. Guilfort! siempre... mi amor... (soñando.)

GUIL. ¡Desventurada,  
con su tierna pasion está soñando!

JUA. No ves la pobre flor cual se deshoja?

GUIL. Oh! por fin se ha cumplido tu presággio!

JUA. Cielos! en dónde estoy? Oh Guilfort mio,  
(despierta.)

yo no temo la muerte entre tus brazos.  
Me parecia ver, pero en un dia  
de horrible tempestad, aquellos campos  
que tu amor cultivó, y en ellos mustia  
la pobre flor á quien mi nombre has dado.

GUIL. No, la conservo aqui, sobre mi pecho.

JUA. Juntos pereceremos.

GUIL. Duelo amargo!

Tu morir!

JUA. Cuan feliz me parecia

la existencia pasándola á tu lado!

Mi alma inalterable y religiosa

á Dios alzaba deliciosos cantos;

tu amor era mi bien, yo no queria

mas que la dicha inmensa de adorarnos.

¡Era dichosa como nadie lo era!

Cuanta felicidad á perder vamos!

Mas qué es la muerte si morimos juntos?

Si ya no vamos nunca á separarnos?

Si otro santo himeneo nos reune?

Sin despedirnos en la tumba entramos,

y á la presencia del Señor del cielo

juntos y amantes llegaremos ambos.

GUIL. No, no, Dios ha querido solamente

probar tu fortaleza; enágenado

de su obra mas hermosa, no permite

tu muerte; si subieras al cadalso

de su justicia recta dudaria.

JUA. Guilfort!

GUIL. Y en mis furorés blasfemando

creeria en la existencia de la nada

aunque morir me vierá entre tus brazos.

Mas oye: el carcelero de la torre

Partington, de tu padre fiel criado,

me dijo que un partido formidable

se ha armado en tu favor, y que tratando

de libertarte están.

Y á mi tan solo!

GUIL. Déjame á mi la muerte si te salvo.

Ah! consiente en huir!

JUA. Solo consiento

en morir si me arrancan de tu lado.

GUIL. No me quites esta última esperanza,

sálvate, librame de este tirano

remordimiento que me aqueja fiero,

sé que de Dios la compasion no alcanzo

si no salvo tu vida; yo á la muerte

te llevé, yo guié tu débil paso,

yo puse la corona en tu cabeza,

yo del verdugo preparé la mano.

Si, siempre yo. Desde el altar divino  
te conduje al adúltero palacio,  
desde el lecho nupcial al áureo trono;  
cuando besos de amor te estaba dando,  
clavando estaba en tu inocente seno  
un matador puñal envenenado.

Ah! si vienen, huirás... si... Juana mia,  
sálvate, yo lo quiero, yo lo mando.

JUA. Y esta débil mujer qué es lo que ha hecho  
que asi la estás el alma destrozando?

Por qué mi triste juventud condenas  
de la existencia á los desiertos áridos?

Proscripta, sola, sin asilo, viuda,  
sin proteccion, sin guia, sin amparo,

si poder derramar en tu sepulero  
el fuego horrible de mi acerbo llanto?

Y tú triunfante ácia la muerte corres:  
y el placer de morir me estás quitando?

Oh! no, ten compasion de mis pesares,  
de esta loca pasion en que me abraso.

Si me quieres librar, contigo muera,  
no me dejes, por Dios, entre sus manos.

GUIL. Atónito me deja tu cariño.  
Generosa muger, cuánto te amo!

## ESCENA II.

Dichos, SORREY.

SUR. La Reina de Inglaterra se dirige  
á esta oscura prision; tengo mandato  
de separaros.

JUA. Cielos!

GUIL. Juana mia!

SUR. Aqui llega. Milord, seguidme.

GUIL. Vamos.  
(arrancándose de los brazos de Juana)

## ESCENA III.

JUANA, la REINA, ASHEM.

JUA. Dios, de estos miserables infelices  
á mi desdicha mi valor iguala.

REI. Aschem, venid.

JUA. Señor...

ASC. Pobre hija mia!

REI. Sed testigo que trato de librarla  
y tambien á Guilfort; tal es mi intento.

ASC. Hija mia!

JUA. Oh! ventura inesperada!

REI. Escuchadme, Miládi: Vos quedaos.  
Qué triste, qué sombría es esta estancia!

(dando una vuelta por el calabozo.)

JUA. Nunca la luz del sol penetra en ella,  
mas sus cautivos con fervor aguardan  
que pronto llegue el anhelado instante  
de gozar otra luz eterna y clara.

REI. Quiere decir que Juana y que su esposo  
son venturosos ya con la esperanza

de morir, y reinar en un parage  
superior do mi cólera no alcanza.

No es cierto, Juana Grey?

JUA. Perdon os pido  
si acaso os ofendieron mis palabras.

REI. Es vuestro sino.

JUA. Ayer vuestros vasallos  
me habrán visto sumisa y humillada

ante vuestro poder, arrepentida;

ayer de hinojos confesé mi falta.

Dige: culpable soy, mi muerte es justa,

mas si usa su clemencia soberana,

rogaré por los dias de la Reina

en presencia de Dios vertiendo lágrimas.  
Oh! palabras crueles me habéis dicho;  
yo el silencio guardé, mas si hace falta,  
en este sitio á la hora de mi muerte  
segunda vez humillaré mi alma.  
Estais vengada asi?

REI. Lo está la Reina,  
la muger esas lágrimas rechaza.

Ese llanto en presencia de mi córte  
de orgullo y alegría me colmaba,  
mas hoy, qué sirven sus dolientes ecos  
en medio de esta cárcel solitaria?

Qué me importa mi trono y mi corona  
si la dicha del alma me arrebatas?

JUA. Oh! Dios mio!

REI. Su alma, su existencia,  
la dicha que en sus brazos deliraba

todo por tí lo pierdo, ¿y por ventura,  
puedo con vuestra muerte recobrarlas?

Te arrepientes, qué importa, si con eso  
no me puedes librar de mi desgracia?

En vano me presentas ese trono

donde tu crimen á tu esposo arrastra,  
lecho sangriento que los dos partisteis.

¿Crees que así tu rival está vengada?

JUA. Reina!

REI. Tu loco amor le dá la muerte,  
y mi pasión un trono le guardaba.

JUA. Guilfort!

REI. Llorá á mis pies, amargo llanto

surque otra vez por tus mejillas pálidas,

llenen tus gritos de dolor agudos

estas cavernas lóbregas y vastas!

Tu insensata pasión le ha asesinado.

JUA. Si, si, yo le perdí; pero su gracia

puede firmar la mano poderosa

que en las mias estrecho.

REI. Desdichada,  
y qué puedo hacer yo, si en todas partes  
la sentencia de muerte se proclama?

JUA. Yo reiné solo un dia y fui clemente.

REI. Grande seré tambien en mi venganza.

Quieres salvarle?

JUA. Yo?

REI. Tú.

JUA. Si lo quiero!

REI. Pues firma este papel... Te inmutas?... Callas!

Un poco de valor, esposa tierna,

firma sin vacilar.

JUA. Suerte tirana!

Un acto de divorcio; y á ese precio

nuestras dos existencias conservabas?

Hija de Enrique Octavo, en mi deshonra

nunca, jamás se gozará tu rabia.

REI. A ese precio! ¿imaginas por ventura

que aun anhelo su amor? Tenté, insensata;

yo quiero separaros, mas no unirme

con él de Dios en las augustas aras.

Firma! Creias que mi real enojo

todos vuestros delitos olvidaba?

Que yo no buscara en vuestro pecho

un sitio do cebase mi venganza,

que vida y tierno esposo te daría

protejiendo ese amor que así me infama,

vuestra altivez y mi vergüenza uniendo?

Sé dispensar mejor mis reales gracias.

Pausado llanto mi venganza sea,

pronto de sangre el corazón se sácia.

Llorad cual yo.

JUA. Llevadnos al suplicio.

REI. Tú entonces de su muerte eres la causa.

JUA. Su muerte causaré... mas no le vendo.

REI. Su muerte! nunca... Tu valor me falta.

Escucha, Juana Grey, deja que pase

la tempestad. Yo le amo, mas no hagas

mis esfuerzos inútiles. Yo os salvo,

y no puedo hacer mas. Qué mas aguardas?

Ah! mi poder acecha el parlamento,

vuestros nombres unidos... Vos, habla!la.

Asc. Hija mia!

JUA. Qué es esto? La vergüenza

me quereis proponer? No, que aun grabada

tengo mi magestad sobre mi frente

y sacrificio tal mi amor demanda.

REI. Buscas en el amor vano pretesto,

sacrificio mayor de tí esperaba

la gloria, los que Reina te aclamaron,

los comprendidos en la torpe trama

sentenciados estan todos á muerte,

firma este escrito y su existencia salvas.

Si, firma su perdon y tu divorcio,

te imploran sus familias desoladas,

no hables de amor delante del cadalso,

un noble sacrificio nos ensalza,

conserva su existencia y sacrifica

con generosidad tu noble alma.

Asc. Perdonados serán.

JUA. Oh, Guilfort mio!

Asc. Acuérdate, hija mia, de la santa

resignacion de los antiguos héroes

que virtud y grandeza respiraban;

tú que los adoraste, sus acciones

hoy te toca imitar. Sé grande; Juana,

no es superior á tí ningun esfuerzo,

la muerte de los mártires llenaba

tu jóven pensamiento de entusiasmo,

sobrepuja sus inclitas hazañas

aceptando la vida.

JUA. Y qué, vos mismo...

Asc. Oh! si mi triste pesadumbre hablara

de tí ese sacrificio exigiría,

hija del corazón! hija del alma!

Dos hijos tuve, los amaba tanto

como te adoro á tí; la tumba helada

me los arrebató... No me abandones

como ellos tú tambien; guia mi planta,

hoy que la ancianidad el fuego activo

de mi pasada juventud apaga.

Si, vive para mi, para mi solo,

soy débil, hija mia, y cuando marchan

mis pies por el camino de la tumba

no quiero, no, que tras los tuyos vayan;

no me dejes sin tí sobre la tierra...

JUA. Omnipotente Dios! esto faltaba.

Bien, si mi esposo firma ese divorcio,

si rota nuestra union Guilfort declara,

tambien le firmaré.

Asc. Corro en su busca:

yo le haré consentir.

REI. Surrey acaba

de instruirle.

Asc. Si, firma.

JUA. No lo creo.

REI. Os espero, marchad. (*vase Aschem.*)

JUA. Cómo se engaña!

Nuestro amor con placer mira la muerte

que á los dos para siempre nos enlaza;

y mi esposo á su vez quiere gustoso

de nuestra union santificar la llama.  
Somos dos por ventura? Nos alienta  
en la existencia acaso mas que un alma?  
Dios de mi casto amor! inmensa y justa  
es tu clemencia. Si el castigo lanza  
tu mano poderosa, no se estienda  
mas allá de la tumba solitaria.  
No nos separes; espiacion tan cruda  
es castigo sobrado á nuestras faltas,  
por una eternidad ven á enlazarnos,  
y desde el fondo de tu gloria santa,  
un rayo de tu amor en nuestros pechos  
con inefable compasion derrama.

REI. Esto es ya demasiado: tú me insultas,  
no quieras que imposible el perdon se haga,  
no demandes á Dios su triste vida.

JUA. Solo en Dios he cifrado mi esperanza.

REI. Separado de tí, de tí lejano  
vivirá.

JUA. Morirá si nos separan.

REI. Quieres su muerte, di, quieres su muerte?

Modera tu pasion desventurada,  
mira que así la vida le conservas  
y conservas su amor porque él te ama.

Te ama! esa palabra solamente  
calmaria en la vida mis desgracias.

Si, mis desdichas todas; aborrezco  
ese poder que mis pesares causa,  
y que aceptar no quiso de mis manos,  
él mi herida maléfica desgarró;

¿qué vale el esplendor de una corona  
á la felicidad de ser amada?

No oyes pasos? Es él... Duda terrible.

JUA. Yo no dudo, mi duda le ultrajára.

#### ESCENA IV.

JUANA, la REINA, GUILFORD.

JUA. Ah! Guilford! todavia desconocen  
de nuestro inmenso amor la llama activa,  
ven á decirles que del pacto odioso  
tu enamorado corazon se indigna,  
y ese acto maldecido...

GUIL. Le he firmado.

REI. Cielos!

JUA. Qué dices?

GUIL. Si.

JUA. Tu mano misma  
las palabras trazó? No, no lo creo.

REI. Mucho tiempo dudais.

JUA. No es cierto.

GUIL. (*dándola el acta.*) Mira.

JUA. Qué has hecho..? y es verdad..? la prueba es  
cierta,

nuestra deshonra para siempre escrita  
está en este papel. Guilford, qué has hecho?  
Ese es nuestro divorcio.

GUIL. Juana mia,  
ten valor; el destino nos persigue,  
cedamos á su imperio. Toma y firma.

REI. Firmad.

GUIL. Firma.

JUA. Y en dónde?

GUIL. Allí.

JUA. No veo.

GUIL. Por la postrera vez en nuestra vida  
pon tu adorado nombre junto al mio,  
mi amante corazon te lo suplica;  
viviremos los dos.

JUA. Si, separados,  
vos subireis al trono de Maria,  
Guilford, vos sereis Rey.

REI. Cuánta tardanza!

JUA. Tomad, vuestra intencion está cumplida.

GUIL. Gran Dios! ya está mi falta reparada!  
Cumplid el juramento que nos libra.

(*à la Reina.*)

REI. Tomad, (*Nadie resiste ante la muerte,  
Juana creyó que nunca firmaria.  
Yo triunfo.*)

GUIL. A Dios, ya libre estais, señora.

JUA. Cielo! Es esta, Guilford, tu despedida...  
ningun remordimiento...

GUIL. No, ninguno.

REI. Palidece.

GUIL. No, no.

JUA. Tu mano fria...

Tiemblas!

GUIL. Es de placer!

JUA. Ah! desgraciado!

por libertarme á mi se sacrifica.

La muerte... te amenaza... si, un veneno.  
Gran Dios!

GUIL. Ay! menos pronto le creia.  
(*cayendo.*)

JUA. Morir! morir sin mi!

GUIL. Di, me perdonas?

JUA. Me abandonas, Guilford!

GUIL. Salvo tu vida.

JUA. Huyes de mi en la muerte, esposo mio?

No sabes que tu muerte me asesina?

Oh! toma en este abrazo de tu Juana  
todo el inmenso amor que mi alma abriga.

Y no espiro contigo, Guilford mio!

Y ahora, teme morir, Reina Maria.

REI. Oh! desesperacion!

JUA. Nuestros amores

no quisiste creer; contempla, mira

tu victoria, y aumentense tus celos

al ver que su pasion casi es divina,

y rómpase tu pecho dolorido

como tu real perdon. (*lo rompe.*)

REI. Ah! ya eres mia!

(*dando un grito.*)

JUA. Mucho he esperado ya. (*hace señal.*)

GUIL. No la condenes,

mi moribunda voz te lo suplica.

REI. Roto el perdon está.

JUA. A Dios, el mundo

(*llevada por los guardias.*)

á una terrible suerte nos destina,

pero el cadalso para mi es tan solo

del alcázar de Dios segura guia;

á Dios, en él Guilford nos juntaremos.

GUIL. Esperad, esperad,

(*arrástrase á los pies de la Reina.*)

basta una victima...

Reina, perdon.

REI. Por mis tormentos mido

su crimen.. quien Guilford, me vengaria?

Al mirarte morir, Juana triunfaba.

GUIL. Perdon... ah!... (*muere.*)

REI. Ya espiró. Sangriento di

FIN.